

Estados Unidos, Irak y la geopolítica del petróleo

Ivan Ivekovic*

En los últimos años, las cuestiones energéticas han ocupado un lugar cada vez más importante en la definición y la orientación de las políticas exteriores de distintos países, en particular Estados Unidos. Para este país es urgente garantizar sus fuentes de abastecimiento de hidrocarburos ya que, de lo contrario, podría afrontar graves convulsiones económicas. Pero esto ya no es tan fácil. Por una parte, las reservas conocidas disminuyen y, por otra, los principales Estados productores, situados en su mayoría en Oriente Medio —con Arabia Saudí a la cabeza, principal fuente de abastecimiento de Estados Unidos y antes considerada segura— corren el riesgo de vivir en el futuro una profunda inestabilidad política, cargada de amenazas para los intereses estadounidenses. Teniendo en cuenta estos riesgos, la Administración estadounidense, junto con las principales empresas petroleras del país, dirige ahora su atención hacia otras fuentes de abastecimiento, antes secundarias (África, América Latina y la región del mar Caspio) y ha redefinido sus objetivos estratégicos con respecto a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y Oriente Medio. El fin declarado en relación con esta región es convertirla en un coto privado, fuera de la influencia de regímenes a los que se considera hostiles. De ahí las dos guerras que se han librado contra el régimen iraquí y la muy elevada probabilidad de que se produzcan otras intervenciones en la región en el futuro. Las guerras por la posesión de los recursos energéticos no son ya acontecimientos aislados, sino que se inscriben en un marco estratégico más amplio.

“Las guerras que se han emprendido por los recursos después de la Guerra Fría no constituyen acontecimientos aleatorios o aislados. Al contrario, forman un conjunto que se inscribe en un marco geopolítico más amplio. Mientras que los conflictos internacionales se regían hasta hace poco por consideraciones de índole política e ideológica, las guerras del futuro tendrán abrumadoramente como objetivo la posesión y el control de bienes económicos esenciales y, en particular, de recursos necesarios para el funcionamiento de las sociedades industriales” (Michael Klare, 2001, p. 21).

* Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Americana de El Cairo.

Desde el intento de nacionalización de la sociedad británica Anglo-Iranian Oil Company (AIOC) en 1951 y el golpe de Estado, dirigido por la CIA, que desembocó en el derrocamiento del primer ministro de Irán, M. Mossadegh, en 1953, gran parte de la política de Oriente Medio gira en torno al petróleo. Desde esta época se puede observar la colaboración sistemática entre la Administración estadounidense y las grandes compañías petroleras privadas de ese país, una colaboración basada en intereses complementarios en lo relativo al mantenimiento y la extensión del control sobre los recursos petroleros en todo el mundo. Tras el derrocamiento de la dinastía de los Pahlevi y la proclamación de la República Islámica de Irán en 1979, el presidente Carter afirmó que todo intento por parte de una potencia hostil de interrumpir el abastecimiento de petróleo desde la región del Golfo Pérsico se consideraría un ataque contra los “intereses vitales” de Estados Unidos y sería repelido por todos los medios, incluida la fuerza militar (*The New York Times*, 24 de enero de 1980).

Numerosos puntos de la agenda de la política exterior de la Administración de George W. Bush están directa o indirectamente relacionados con estos “intereses vitales”. En lo que se refiere a su actual política en Oriente Medio, sin embargo, Estados Unidos parece adoptar actitudes contradictorias y navegar al acecho. Tras la primera fase de la campaña antiterrorista en Afganistán, que también tenía una vertiente de “petróleo” (el del mar Caspio), la segunda fase se fijó como objetivo el Irak de Sadam Husein y su fin declarado era “acabar el trabajo” que había comenzado con la operación “Tormenta del Desierto”.

Petróleo, guerra y sanciones

Tanto la decisión de Sadam Husein de invadir Kuwait en 1990 como la operación “Tormenta del Desierto” de 1991 tenían como motivación principal el control de los recursos de hidrocarburos, de las políticas de producción de petróleo y de los precios del crudo. Sadam Husein había acusado a Kuwait de extraer del campo petrolífero de Rumalia, compartido por los dos países, cantidades superiores a su cuota legítima. La anexión de Kuwait por Irak habría reportado al segundo el control de recursos petroleros muy importantes, comparables a los que poseía Arabia Saudí. Por otra parte, Sadam Husein amenazaba abiertamente a Arabia.

Irak fue expulsado de Kuwait, pero Sadam Husein permaneció en su puesto en Bagdad. Esta continuidad resultó útil, pues la presencia del dictador iraquí proporcionó toda una serie de justificaciones para la política intervencionista de Estados Unidos en la región del Golfo Pérsico. Gracias a Sadam Husein, Estados Unidos pudo poner pie militarmente en Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Bahrein y Omán. Washington ha desplegado un paraguas de seguridad sobre los principales Estados productores de petróleo de la Península Arábiga. Las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas hacen uso libremente del espacio aéreo de la mayoría de los países de la región, y su fuerza naval se beneficia de libre acceso a los puertos. Sin contar con el aval de Naciones Unidas, Estados Unidos y el Reino Unido establecieron dos zonas de exclusión aérea en Irak, en el marco de una operación que se presentó como una acción humanitaria destinada a proteger a los musulmanes chiítas del sur y a los kurdos en el norte.

En la política de “doble confinamiento” de Irak y de Irán, puesta en práctica más tarde por Estados Unidos, había también aspectos relacionados con la explotación del petróleo y el gas natural. Las sanciones impuestas a Irak por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (CSNU) en agosto de 1990 eliminaron temporalmente del mercado internacional a uno de los “electrones libres” de la producción petrolera. En el marco de estas medidas, los yacimientos iraquíes quedaron en cierto modo congelados, a título de reservas estratégicas para el futuro. Además, los daños ocasionados durante la guerra destruyeron gran parte de las infraestructuras de tratamiento del petróleo, entre ellas dos terminales iraquíes en aguas profundas en el Golfo Pérsico.

En 1995 se modificó el régimen de sanciones para permitir a Irak la exportación de crudo en el marco del programa “Petróleo por alimentos” de la ONU (Bagdad no aceptó esta resolución hasta 1997). Los ingresos obtenidos por estas ventas se ingresaban en una cuenta especial de la ONU a la que el Gobierno de Irak no tenía acceso directo. Las sanciones que la ONU había impuesto al mismo tiempo a Libia, debido a su presunta implicación en la explosión de Lockerbie, tuvieron prácticamente los mismos efectos que en Irak: durante varios años, se impidió a Libia desempeñar un papel significativo en el mercado petrolero internacional.

En 1996, el Congreso de Estados Unidos adoptó una disposición legal llamada *Iran-Libya Sanction Act* (ILSA). La actual Administración ha prorrogado por cinco años las sanciones que esta ley imponía a Irán y Libia. La ILSA prohíbe a toda compañía establecida en Estados Unidos comerciar por cualquier medio con estos dos países; asimismo, las autoridades estadounidenses están facultadas para penalizar de forma unilateral a las empresas radicadas en otros países si mantienen relaciones comerciales con Irán o Libia. Pero no se trata de medidas automáticas: para que sean efectivas, estas sanciones requieren un decreto presidencial. Las compañías petroleras extranjeras que comercian con Irán o Libia nunca han sido sancionadas. Curiosamente, aunque está prohibido que las empresas estadounidenses importen la menor gota de petróleo iraní o libio, esta medida no afecta a los hidrocarburos iraquíes exportados en el marco del programa “Petróleo por alimentos” de la ONU. Se cree que casi el 40% de este petróleo iraquí ha sido comprado por compañías radicadas en Estados Unidos, especialmente Chevron, Exxon-Mobil, Bayoil y Koch Petroleum, para después ser vendido en el mercado internacional y estadounidense. En julio de 2001, la cuota de Irak en las importaciones de petróleo de Estados Unidos se elevaba al 9% (John K. Cooley, 2001).

En 1996 y 1997, la ONU y Estados Unidos impusieron sanciones selectivas a Sudán debido a las relaciones del régimen de Bashir-Tourabi con grupos terroristas árabes. Estas sanciones no impidieron que la Chinese National Petrol Corporation (CNPC) negociase con Jartum la construcción de un oleoducto de 1.500 km que uniría la capital con cinco campos petrolíferos situados a 700 km más al sur. El oleoducto entró en servicio a en agosto de 1999. La CNPC, en asociación con la compañía nacional sudanesa, Talisman Energy (Canadá) y Petronas (Malasia), posee de hecho una participación del 40% en la Greater Nile Petroleum Operating Company (GNPOC) (*Oil & Gas North Africa Magazine*, marzo de 2001, pp. 40-42). En octubre de 2002, Talisman anunció la venta, por 1.200 millones de dólares, de sus derechos en

la Oil and Natural Gas Corporation, una sociedad india. Asociadas también a GNPOC, otras compañías han invertido en la exploración de recursos petrolíferos no explotados todavía. En 2001, el valor global de las inversiones extranjeras en el petróleo sudanés era de 7.000 millones de dólares, para una producción anual de crudo de un valor aproximado de 500 millones de dólares.

En febrero de 2000, la Administración de Clinton extendió estas sanciones a la prohibición a empresas y ciudadanos estadounidenses de mantener relaciones comerciales con la GNPOC (*Country Analysis Briefs*, Sudán, diciembre de 2001). Al mismo tiempo, el Gobierno de Estados Unidos enviaba ayuda económica a la rebelión del sur. Sin embargo, los intentos del Congreso para convencer a la Casa Blanca de imponer sanciones a la sociedad canadiense Talisman (que tiene accionistas estadounidenses) no se vieron coronados por el éxito. En septiembre de 2001, Estados Unidos no formuló objeciones a la decisión del Consejo de Seguridad de poner fin a las sanciones contra Sudán. Además, en julio de 2002, diplomáticos estadounidenses actuaron como mediadores de un acuerdo de paz entre el Gobierno de Jartum y el Ejército Popular de Liberación de Sudán (EPLS), firmado en Machakos, Kenia, bajo los auspicios de la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo (IGAD). El acuerdo se fue a pique en septiembre, cuando los guerrilleros del EPLS tomaron una ciudad de guarnición estratégica en el sur y destruyeron una importante estación de bombeo en Híglig, en el corazón de la región petrolífera de Bentui. Mediante esta acción, el EPLS intentaba incorporar la cuestión del petróleo a la agenda de las negociaciones. Para tratar de forzar al Gobierno de Jartum a reanudar el diálogo, el Congreso de Estados Unidos aprobó en el mes de octubre una ley que permitía imponer otras sanciones bilaterales en caso necesario. Es evidente que el petróleo explotado en el sur se convertía en un obstáculo en el camino de la paz. Jartum sostiene que los campos petrolíferos están situados en territorios que pertenecen al norte. El EPLS afirma lo contrario, aunque es probable que este movimiento consintiera en un acuerdo de reparto de los ingresos derivados del petróleo, fórmula que también resulta aceptable para las compañías extranjeras.

Siria no es miembro de la OPEP. Sus exportaciones de hidrocarburos nunca han sido objeto de sanciones, aunque el Congreso de Estados Unidos debatió a puerta cerrada en febrero de 2002 un proyecto de ley denominado *Syrian Accountability Act*. Estas sanciones se estudiaron como consecuencia de la hipótesis de que Siria extraía de forma clandestina petróleo iraquí a razón de entre 150.000 y 200.000 barriles diarios, por medio del oleoducto, oficialmente clausurado, que termina en el puerto sirio de Banias. Según las estimaciones de los expertos, este contrabando habría permitido a Sadam Husein percibir anualmente 1.000 millones de dólares. Pero Washington suspendió la aplicación de sanciones cuando las autoridades de Damasco proporcionaron, según se dice, a los estadounidenses valiosas informaciones sobre la red Al Qaeda. El diario londinense en lengua árabe *Al-Hayat* sugería que el oleoducto iraquí que atravesaba Siria podía convertirse en un objetivo importante de los misiles estadounidenses en caso de guerra con Irak (*Al-Hayat*, 17 de mayo de 2002).

Aunque Siria es un pequeño productor de petróleo (*Country Analysis Briefs*, Siria, febrero de 2002), su situación geográfica la convierte en una salida natural para el petróleo iraquí. Siria fue añadida a la lista estadounidense de "Estados delincuen-

tes” (Rogue States) que apoyan el terrorismo, pero fue borrada de ella tras su apoyo a la operación “Tormenta del Desierto”. Fue incluida de nuevo en el verano de 2002, pero sin duda era sólo un simple medio de presión sobre su Gobierno en vísperas del ataque contra Irak. Antes de estos hechos, la Administración de Bush no había vetado la elección de Siria como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a pesar de la campaña antisiria lanzada por el poderoso *lobby* proisraelí en Estados Unidos.

Al tiempo que preparaba un eventual ataque contra Irak, Washington presionaba a sus clientes del Golfo Pérsico, así como a Nigeria y Venezuela, para que extrajesen y comercializasen más petróleo, lo que constituía un incumplimiento de las cuotas convenidas en el seno de la OPEP. El Gobierno de Estados Unidos también intentaba persuadir a otros Gobiernos de que abrieran sus fuentes energéticas a la inversión extranjera y al librecambio. Al mismo tiempo, en sintonía con sus empresas nacionales, Washington intentaba reducir la dependencia de Estados Unidos en materia de hidrocarburos importados mediante la apertura a la explotación comercial de los campos petrolíferos de Alaska. Las seis principales “hermanas” —cuatro compañías estadounidenses y dos sociedades europeas—, al igual que algunas compañías llamadas independientes, buscan febrilmente concesiones en regiones distintas de Oriente Medio.

Mientras tanto, Estados Unidos aumentó sus reservas estratégicas en depósitos subterráneos de Texas y Luisiana. En septiembre de 2002, estas reservas alcanzaban unos 700 millones de barriles, frente a 550-570 millones de barriles en épocas de normalidad.

El control de los precios del petróleo

Durante la guerra entre Irak e Irán, los principales países consumidores de hidrocarburos del mundo occidental intentaron mejorar la coordinación de sus políticas energéticas. De esto modo llegaron a acuerdos para crear reservas estratégicas de petróleo en sus respectivos territorios, reservas que podían ser utilizadas en épocas de crisis energética generalizada para regular los precios. Este esfuerzo de coordinación tuvo lugar en el marco de la Agencia Internacional de la Energía (AIE), creada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) como respuesta al embargo del petróleo decretado por los países árabes en 1974. Los veintiséis Estados miembros de la OCDE poseen, o se han comprometido a poseer de modo permanente, una reserva de hidrocarburos correspondiente a un volumen de noventa días de importación.

El control de los precios del petróleo es un elemento decisivo para las empresas que llevan a cabo costosas prospecciones (Texas, Alaska, perforaciones en aguas profundas en el golfo de México, el golfo de Guinea y el mar del Norte, por ejemplo), e incapaces de compensar sus pérdidas a través de las ganancias obtenidas del tratamiento y la comercialización del crudo mucho más barato procedente del Golfo Pérsico. Unos precios demasiado bajos van en contra de sus intereses. Para estas empresas, el precio mínimo “aceptable” se sitúa en torno a veinte dólares por barril. Cuando los precios del crudo son demasiado elevados, permiten nuevas inversiones

en perforaciones más costosas y en nuevas tecnologías. Por otra parte, los grandes países importadores de petróleo consideran inaceptable un precio superior a treinta dólares el barril.

Con la propuesta de reducir su producción en 1,5 millones de barriles diarios, formulada en noviembre de 2001, la OPEP pretendía conseguir un precio entre 22 y 28 dólares. Esta tentativa estaba encabezada por Arabia Saudí, con diferencia el mayor exportador. Sus dirigentes habían comprendido que el malestar social adquiriría proporciones inquietantes en su país, por lo que necesitaban forzosamente dinero fresco para comprar la paz social. Hugo Chávez, el presidente populista de Venezuela, deseaba por su parte aumentar los ingresos de su país para financiar un ambicioso programa social. Otros miembros de la OPEP tenían preocupaciones semejantes. Ya antes de esta propuesta de la OPEP, la influyente revista *Foreign Affairs* había analizado la situación, afirmando que el problema que se le planteaba al mundo no era la escasez de petróleo, sino su abundancia (Amy Mayers Jaffe y Robert A. Manning, 2000, pp. 16-29).

Es evidente que los consumidores de todo el mundo desean que el precio del petróleo sea poco elevado. Cuando el precio de la energía aumenta, tienden a culpar a los productores de petróleo, en particular a la OPEP, de su "afán de lucro". La mayoría de los automovilistas de los países desarrollados olvidan que sus respectivos Gobiernos obtienen ingresos sustanciales gracias a los impuestos que gravan la gasolina que se vende al por menor. En la mayor parte de los países europeos, el componente fiscal de los precios nacionales de la gasolina oscila en torno al 80%; en Estados Unidos, sólo es del 40%.

En julio de 2002, el precio medio del barril en la "cesta OPEP", compuesta por hidrocarburos de siete procedencias, era de 25 dólares. A principios del mes de septiembre de ese año, aumentó hasta 27 y 30 dólares el barril, para bajar de nuevo un 5% cuando Irak permitió por fin la entrada en su territorio de los inspectores de Naciones Unidas que investigaban su armamento. En febrero de 2003, la invasión de Irak era inminente y el invierno transcurría riguroso; el barril de petróleo se negociaba en Nueva York al precio de 39,99 dólares, a pesar de que los productores de la OPEP habían aumentado sus volúmenes de extracción.

La importancia estratégica del petróleo saudí

Arabia Saudí posee más de la cuarta parte de las reservas mundiales demostradas de hidrocarburos, es decir, 264.200 millones de barriles; cabe la posibilidad de que el total de sus yacimientos se eleve a 1 billón de barriles de petróleo crudo explotable. Esta cifra representa el 32% de la producción de petróleo de la OPEP, el 35% de sus exportaciones y más del 50% de su capacidad de reserva. Esta capacidad de reserva, que se eleva a entre 2,5 y 3 millones de barriles diarios, desempeña un papel clave en la regulación de los precios del petróleo en épocas de escasez general, como durante la guerra entre Irak e Irán o durante la invasión de Kuwait por Irak. El reino de Arabia Saudí es un importante proveedor de petróleo de Japón, Europa y Estados Unidos (para este último país, las importaciones de petróleo saudí siguen de cerca a las de Canadá y preceden por poco a las de Venezuela). El presupuesto del Estado de

Arabia Saudí para 2001 se estableció sobre la base de un precio de 27,7 dólares por barril (*Global Oil Report, Executive Summary*, noviembre-diciembre de 2001).

Pero Arabia Saudí es un Estado vulnerable desde el punto de vista interior y esta vulnerabilidad podría poner en peligro ese abastecimiento. En su análisis de la seguridad en el golfo Pérsico, un grupo de reflexión de Rand Corporation lo confirma: "En el próximo decenio, Arabia Saudí corre el riesgo de volverse más vulnerable a las tensiones internas, incluso a guerras civiles. La familia real debe hacer frente a problemas políticos, sociales y económicos cuyo número y magnitud han llevado a una creciente pérdida de apoyo por parte de la población. Entre estos problemas se pueden citar el rápido aumento del número de habitantes, la corrupción, las evidentes desigualdades económicas, la ausencia de responsabilidad política y las rápidas mutaciones desde el punto de vista social y cultural. Los responsables saudíes se han mostrado poco inclinados a introducir reformas políticas y económicas que puedan ofrecer una respuesta duradera a estos motivos de descontento [...]. Si las condiciones políticas, económicas y sociales se deterioran de forma significativa en Arabia Saudí, la familia real en el poder podría verse atacada sin tardanza a partir de una serie de protestas convergentes, que podrían conducir a una insurrección nacional, incluso a la toma del poder por los islamistas. Estas consecuencias podrían ser, por ejemplo, una lucha por la sucesión de carácter violento, la implosión de las fuerzas armadas saudíes, la discusión de la legitimidad de la familia al-Saud por extremistas religiosos o incluso una rebelión chiíta en la provincia oriental de Arabia Saudí" (Richard Sokolsky, Stuart Johnson y F. Stephen Larrabee, 2001, pp. 15-16). Por otra parte, Arabia Saudí se ha convertido en un vivero de terroristas islamistas, como demostró el ataque del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York: quince de los diecinueve terroristas implicados en los atentados eran de nacionalidad saudí.

Las complejas relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí, a las que a menudo se compara con un matrimonio de conveniencia, se han crispado después del 11 de septiembre. Ya antes, el régimen saudí se había sentido ofendido por el unilateralismo del enfoque estadounidense del conflicto israelí-palestino y por los métodos aplicados por Washington en su campaña en Afganistán. Después, su malestar no ha hecho sino crecer debido al lenguaje belicoso de la Administración de Bush, que se fija como objetivos a "Estados del eje del mal" vecinos de Arabia Saudí. Es evidente que las autoridades saudíes temen que un ataque contra Irak pueda alzar a la población contra sus gobernantes.

Por eso se negó a la utilización de la gran base aérea Príncipe Sultán para lanzar ataques contra Afganistán y contra Irak. También protestaron cuando se hizo pública una nota de análisis de la Junta para la Política de Defensa del Pentágono (un organismo consultivo) como consecuencia de una filtración en *The Washington Post* en julio de 2002. El documento presentaba a Arabia Saudí como enemigo de Estados Unidos. "Los saudíes son activos en cada eslabón de la cadena del terrorismo", se afirma en ese documento, "desde la planificación hasta la financiación, desde los cuadros hasta los combatientes de base, desde los ideólogos hasta los cabecillas populares". La nota recomendaba que Estados Unidos hiciese llegar a la dinastía saudí "el ultimátum [siguiente]: cesad en vuestro apoyo al terrorismo o ateneos al embargo de vuestros campos petrolíferos y de vuestros activos financieros en Estados Unidos" (*The Economist*, 8 de agosto de 2002).

La Administración estadounidense guardó rápidamente las distancias con respecto a este documento "oficioso". Sin embargo, como señalaba *The Economist*: "La nueva amistad entre Estados Unidos y una Rusia rica en recursos, al igual que la perspectiva de un régimen iraquí más amistoso que suceda al de Sadam Husein, alimenta la esperanzas de ver cómo Arabia Saudí pierde un día su posición dominante en el mercado mundial del petróleo. Otra nota de debate presentada al Pentágono parece defender la tesis según la cual sería del interés de Estados Unidos alentar el desmembramiento de Arabia Saudí, en particular mediante la secesión de las provincias orientales, chiítas y ricas en petróleo. Es obvio que esta posición no se corresponde con la política oficial de Estados Unidos; sin embargo, este tipo de razonamiento gana terreno en los medios conservadores, que ejercen funciones influyentes entre los colaboradores del vicepresidente y en el gabinete civil de Donald Rumsfeld. Richard Perle, entonces presidente de la Junta para la Política de Defensa,¹ hizo una importante contribución a la definición de la política exterior de la Administración de Bush, en particular en todo lo relativo a Irak. Por otra parte, que las críticas de Donald Rumsfeld contra el informe no se formulan recurriendo a los términos consagrados para designar al antiguo aliado de Washington. La probabilidad de que Estados Unidos se apodere del petróleo y de los activos de Arabia Saudí son escasas; en cambio, parece claro que algunos en Washington pretenden demostrar a la dinastía saudí que el apoyo de Estados Unidos no lo tiene adquirido de oficio ni para siempre" (www.economist.com, 8 de agosto de 2002). Es evidente que Washington no tiene ya interés en mantener el *statu quo* en Oriente Medio. Antes al contrario, desea reestructurar el paisaje geopolítico de esta región.

La alternativa iraquí

Sean cuales sean las verdaderas intenciones de Estados Unidos, Washington considera ahora la vulnerabilidad interna de la dinastía saudí como una amenaza potencial para la fiabilidad de su abastecimiento de petróleo. Recordando la lección del derrocamiento "inesperado" del sha de Irán, su principal aliado en la región, por fundamentalistas islamistas, Estados Unidos trata de evitar la repetición de este modelo en Arabia Saudí. Además, la propensión de este país a coordinar los precios del petróleo en el marco del cártel de la OPEP se considera un obstáculo para la ambición de Estados Unidos de dominar la política internacional del petróleo. Por eso Irak, cuyas reservas de petróleo son las segundas en importancia después de las de Arabia Saudí, ha sido elegido como blanco de la segunda fase de la actual campaña antiterrorista.

Las reservas de petróleo demostradas de Irak, que se calculan en 112.000 millones de barriles, son las segundas del mundo por orden de importancia. Se calcula que sus yacimientos no explorados todavía representan 220.000 millones de barriles adicionales. Irak posee también algo más de 3 billones de metros cúbicos de gas natural, a los que hay que añadir 4,25 billones de metros cúbicos no explorados todavía

¹ Richard Perle tuvo que dimitir de su cargo como presidente el 27 de marzo de 2003, debido a que se divulgaron supuestos conflictos de intereses y el cobro de comisiones de multinacionales a las que ayudaba a conseguir contratos (N. del E.).

(*Country Analysis Briefs*, marzo de 2002). Antes de la guerra del Golfo de 1991, la producción de hidrocarburos de Irak se elevaba a 3,5 millones de barriles al día; hoy es de 1,7 millones de barriles diarios.

Según las estimaciones del Center for Global Energy Studies (CGES), si se rehabilitasen las infraestructuras de Irak y en ausencia de sanciones, este país podría ampliar, en un plazo de cinco o seis años, su capacidad de producción hasta mucho más allá de los 8 millones de barriles al día, para alcanzar en una segunda fase 10 millones de barriles, incluso, en teoría, 12 millones de barriles diarios (Ahmed Chalabi, 2000, p. 1). Irak superaría entonces el volumen de producción actual de Arabia Saudí. Sin embargo, cabe preguntarse por la viabilidad de semejante crecimiento y, expresamente, si el mercado mundial podría absorber esa afluencia de crudo sin que se tambalease el equilibrio actual entre la oferta y la demanda. Una inyección tan masiva de crudo en el mercado supondría una caída de los precios. Por ello, el volumen de producción de Irak deberá ser controlado de una manera o de otra, incluso después de la caída del régimen de Sadam Husein. Ante esta necesidad, es posible que los expertos de la Agencia Internacional de la Energía y los asesores políticos estadounidenses descubran que el sistema de cuotas de la OPEP no es tan descabellado.

Un artículo publicado recientemente en *The Washington Post*, siempre cercano al poder, sugiere sin embargo todo lo contrario. Señalando atinadamente que “el petróleo es el elemento clave de la hipótesis de una guerra en Irak”, el diario de la capital federal afirma que, una vez liberado del régimen de Sadam Husein, Irak podría retirarse de la OPEP —una hipótesis que ha fracasado en Venezuela—, para continuar diciendo que “la caída del presidente iraquí, Sadam Husein, bajo la égida de Estados Unidos, podría abrir una mina de oro a las compañías petroleras estadounidenses (desde hace tiempo proscritas en Irak), dismantelar las relaciones y las transacciones petroleras entre Bagdad, Rusia, Francia y otros países, y volver a repartir las cartas en el mercado internacional de los hidrocarburos” (Dan Morgan y David B. Ottaway, 2002, p. 1).

Arabia Saudí es consciente de que el petróleo iraquí podría constituir una alternativa a su propia producción, y esto explica por qué se oponía a los planes estadounidenses de ataque contra Irak. Aunque este país no abandone la OPEP, la cuota iraquí en el seno del cártel deberá retrotraerse como mínimo a su nivel anterior a 1991, reduciendo por tanto la cuota de los demás países miembros.

La entrada en juego de Rusia

La reducción general de la producción de petróleo propuesta por la OPEP en octubre de 2001 no habría podido llevarse a cabo si los grandes exportadores no miembros de la OPEP, como Rusia, México y Noruega, no hubieran adoptado medidas semejantes. Rusia podía permitirse reducir sus precios, ya que su presupuesto estatal para el ejercicio 2002 se basaba en un precio medio del barril de 18 dólares. Pero da la impresión de que Washington animó al Kremlin a resistir a las presiones de la OPEP. En un compromiso con la OPEP, Rusia aceptó reducir sus exportaciones en 150.000 barriles diarios (BBC News, 5 de diciembre de 2001). De este modo, los rusos

no sólo han evitado una guerra de precios con el cártel del petróleo, sino que también se han anotado dos tantos. Han demostrado: (1) que en lo sucesivo serán un elemento ineludible del mercado mundial de la energía; (2) que la estabilidad de los suministros de petróleo y gas rusos a los consumidores occidentales (y pronto asiáticos) constituye un complemento de hecho de los abastecimientos procedentes de Oriente Medio, en permanente situación de inestabilidad. Rusia podría resultar muy valiosa si la situación política se degradase en esta región.

Las reservas de petróleo demostradas de Rusia alcanzan los 48.600 millones de barriles, y el país posee además los yacimientos de gas más importantes del mundo. La energía representa más o menos el 40% de sus exportaciones y el 13% de su Producto Interior Bruto (PIB) real. En los tres últimos años, la producción de petróleo de Rusia ha aumentado en un 25% (*Country Profile, Russia*, abril de 2002).

Durante la visita a Moscú del secretario de Estado de Energía de Estados Unidos, Spencer Abraham, en noviembre de 2001, algunos observadores apostaron por el nacimiento de algún tipo de alianza entre Rusia y Estados Unidos en materia de energía (*The Russian Issues*, 29 de noviembre de 2001). En la cumbre de mayo de 2002, George W. Bush y Vladímir Putin firmaron una declaración común de cooperación en el sector de la energía. Si a esto se une la toma de posición de Rusia a favor de la campaña estadounidense contra los talibán, las consecuencias fueron notables para la región de Asia Central y del Cáucaso, donde hasta poco antes rusos y estadounidenses no se ponían de acuerdo. La industria rusa del petróleo y del gas comprendió hace tiempo las ventajas de la cooperación con Occidente y parece que el Kremlin ha llegado, finalmente, a la misma conclusión. La idea de una alianza entre Rusia y Estados Unidos en materia de energía volvió a debatirse en una cumbre sin precedentes sobre esta cuestión que se celebró durante dos días en Houston, en octubre de 2002. Se reunieron funcionarios gubernamentales y responsables de la energía de las dos partes, pero la alianza no se oficializó (*Oil & Gas Journal Online*, 1 y 2 de octubre de 2002), pues los rusos continuaban retrasando la aplicación de los contratos de reparto de la producción (Production Sharing Agreements). Es muy probable que en el futuro se consolide la cooperación ruso-estadounidense.

De forma paralela, el Kremlin intentaba constituir en el ámbito euroasiático una organización de productores de petróleo basada en el modelo de la OPEP. Pero a este proyecto se opusieron los intereses divergentes de los productores de Rusia y de la región del mar Caspio. El fracaso se manifestó con claridad durante la reunión celebrada en Ashgabat en abril de 2002, en la que los dirigentes de Rusia, Kazajstán, Turkmenistán e Irán fueron incapaces de acordar un documento final (David Stern, 2002). El Kremlin debió hacer frente a un fracaso similar cuando intentó poner en pie un cártel del gas con los exportadores de gas de Asia central (Rusia es el mayor exportador mundial de gas). Los rusos han logrado firmar, sin embargo, acuerdos bilaterales de larga duración con Kazajstán y Turkmenistán sobre el tránsito de su gas a través del sistema de gasoductos ruso. A pesar de estos contratiempos, Rusia y sus compañías petroleras y gasísticas se han convertido en peones fundamentales en el juego internacional de los hidrocarburos. Todas estas apuestas están relacionadas de un modo o de otro con la geopolítica.

La explotación de los hidrocarburos de la región del mar Caspio

Kazajstán, Azerbaiyán y Turkmenistán, al igual que el mar Caspio que comparten con Rusia e Irán, contienen 10.000 millones de barriles de reservas de petróleo demostradas y hay un 50% de probabilidades de que las reservas reales lleguen como mínimo a 233.000 millones de barriles. Las reservas de gas natural demostradas, incluidas las de Uzbekistán, se calculan en unos 4,8 billones de metros cúbicos, y las reservas probables en un 50% podrían alcanzar los 8,3 billones (*Caspian Sea Region*, julio de 2002). Desde la caída de la URSS, las compañías petroleras internacionales habían efectuado cuantiosas inversiones en la exploración de los recursos de petróleo y gas, así como en la producción, firmando contratos de reparto de la producción por valor con Azerbaiyán y Kazajstán. Además, el Caspian Pipeline Consortium (CPC) ha logrado convencer al Gobierno de Rusia (que posee una participación del 24%) para que se integre en un proyecto de *joint-venture* para la construcción de un oleoducto privado para el transporte del petróleo kazajo a través del territorio ruso, hasta la terminal de Novorossisk, en el mar Negro.

También ha visto la luz otro proyecto aún más ambicioso (cuyo coste se calcula en 3.000 millones de dólares): la construcción de un oleoducto destinado a unir las explotaciones petrolíferas de Bakú y de Azerbaiyán, a través de Georgia, hasta la terminal turca de Ceyhan, en el Mediterráneo. Este proyecto recibió el apoyo de la Administración de Clinton, pues permite evitar los territorios ruso e iraní. El oleoducto y la terminal de Bakú servirán también para transportar el petróleo kazajo y turcomano a través del mar Caspio (está previsto un oleoducto submarino).

La agencia estadounidense para la cooperación internacional, USAID, financia actualmente un estudio de viabilidad para la construcción de un oleoducto que partirá del puerto rumano de Constanza, en el mar Negro, y atravesará Serbia, Croacia y eventualmente Eslovenia. Un ramal de este oleoducto debería llegar a la terminal adriática de Omišlj, en Croacia, y un segundo ramal terminaría en el puerto italiano de Trieste.

Todos estos proyectos —tal como indica el estudio del organismo estadounidense EIA (Energy Information Administration - Administración para la Información sobre la Energía)— podrían contribuir a aumentar la producción de la región del mar Caspio para llegar a unos 3,7 millones de barriles diarios en el año 2010. La EIA prevé incluso una capacidad de producción de la cuenca del Caspio superior a 6,5 millones de barriles al día en el año 2020. Aun sin ser “otro Oriente Medio”, como algunos analistas pensaban a comienzos de la década de los noventa, el mar Caspio puede compararse con el mar del Norte en términos de potencial en hidrocarburos (*Caspian Sea Region*, julio de 2002).

Es importante señalar que ni los yacimientos del Caspio ni los de Oriente Medio están en vías de agotamiento, al menos en los próximos decenios. Todas las demás reservas normales de petróleo bruto, en América del Norte y América del Sur, en el mar del Norte y Rusia, han alcanzado ya su techo y se agotan progresivamente. Han alcanzado el punto más alto de la “curva de Hubert” y han emprendido su declive. En

la década de los sesenta, el Dr. King Hubert combinó la producción de diferentes pozos para explicar el perfil de la producción de diferentes regiones, naciones e incluso de todo el planeta. El método se perfeccionó más tarde, y las curvas de producción global se utilizan actualmente para predecir el momento en que la producción de petróleo de un país o de una región alcanzará su punto culminante y emprenderá su descenso progresivo desde la parte más alta de una curva en forma de campana.

“Nada permite entrever, en todos los casos para los próximos años, que las regiones de Oriente Medio y del mar Caspio alcanzarán ese pico. Con el tiempo, los países rivalizarán para apropiarse del petróleo de estas regiones, luchando por la propia supervivencia de su civilización”. Y, como ha señalado el conocido geólogo y activista medioambiental Dale Allen Pfeiffer, “aquel que controle la producción de petróleo de Oriente Medio y de las regiones del mar Caspio controlará el mundo” (Dale Allen Pfeiffer, 2001).

¿Y América del Sur?

Por el momento, las importaciones estadounidenses de petróleo procedente de Venezuela, Colombia y Ecuador son muy superiores a las que provienen del conjunto de los países del Golfo Pérsico.

Venezuela es el quinto productor mundial de petróleo y uno de los miembros fundadores de la OPEP. Posee unas reservas de petróleo demostradas de 77.700 millones de barriles, además de miles de millones de barriles de petróleo extra-pesado y de asfalto. El mercado estadounidense absorbe el 59% del petróleo exportado. El petróleo venezolano cubre entre el 13% y el 17% de las necesidades de Estados Unidos. Colombia dispone de unas reservas de petróleo demostradas de unos 1.700 millones de barriles, actualmente en vías de agotamiento. Parece, sin embargo, que sus yacimientos potenciales, sobre todo los situados al este de los Andes, en la frontera con Venezuela y en la provincia meridional del Putumayo, son mucho más importantes. El tercer país del trío sudamericano es Ecuador, con unas reservas de petróleo demostradas de 2.100 millones de barriles, para una producción de crudo de unos 415.000 barriles al día en 2001. La mayor parte de las explotaciones de Ecuador están situadas al este de la cordillera de los Andes, en la región amazónica de Oriente (*Country Analysis Briefs*, Venezuela, Colombia, Ecuador, diciembre de 2001-abril de 2002).

Colombia y Ecuador no son miembros de la OPEP. Los dos países siguen una política de “apertura”, es decir, de apertura a las inversiones extranjeras en sus respectivos sectores energéticos a través de *joint-ventures*. Hasta diciembre de 1998, Venezuela superaba regularmente las cuotas fijadas por la OPEP pero a partir de esa fecha —es decir, tras la elección de Hugo Chávez como presidente del país— se introdujeron nuevas medidas legales en materia de energía y se reestructuró Petróleos de Venezuela S. A (PDVSA), el monopolio estatal del petróleo. A partir de ese momento, las reglamentaciones de la OPEP se cumplieron hasta en sus menores detalles. La dirección de PDVSA se resistió a esta nueva política y organizó huelgas que perturbaron la producción de hidrocarburos. El frente de oposición consiguió el apoyo de Fedecámaras, la asociación de empresas privadas venezolanas, que respaldó abierta-

mente el golpe de Estado de los días 11, 12 y 13 de abril de 2002, protagonizado por un grupo de oficiales del ejército descontentos. El viento de satisfacción no disimulada que planeó entonces sobre Washington fue absolutamente revelador, pero al cabo de 48 horas la rebelión fue sofocada (para más información sobre la posición de Estados Unidos, ver David Corn, 2002). Chávez reforzó entonces el peso del Gobierno en PDVSA. Pero los mismos medios ricos no tardaron en hacer oír su descontento, una situación que desembocó en huelga general en diciembre. Las exportaciones con destino a Estados Unidos cesaron por completo, lo que alarmó a las altas esferas de Washington, inmersas en los preparativos para la ofensiva sobre Irak. Finalmente, con la ayuda de un grupo de mediadores internacionales, entre los cuales los representantes de Estados Unidos y Brasil desempeñaron un papel predominante, los venezolanos pactaron una tregua temporal, lo que permitió también reanudar las exportaciones de petróleo hacia Estados Unidos.

Los problemas de este tipo no son nuevos en América Latina; ya habían surgido tensiones en Colombia. La Administración de Clinton se embarcó en una guerra por poderes contra las "narcoguerrillas" marxistas (Colombia es el primer proveedor de cocaína y heroína del mercado estadounidense). Con el Plan Colombia, Washington desbloqueó a principios del año 2000 una suma de 1.300 millones de dólares en concepto de ayuda económica (además de los 300 millones de dólares ya presupuestados) a Bogotá. Colombia pasó a ser el tercer país por volumen de ayuda estadounidense recibida, tras Israel y Egipto. El 80% de esta ayuda se destinó directamente al ejército, en forma de material militar y programas de instrucción; el resto debería permitir en circunstancias normales financiar proyectos la sustitución de cultivos en el marco de la iniciativa antidroga. Unidades especiales son entrenadas para proteger las instalaciones petroleras y los oleoductos que pertenecen en su integridad o en parte a las sociedades texanas Enron Corp., Occidental Petrol y BP-Amoco.

En casi cuarenta años, el conflicto colombiano ha desplazado a millones de personas (Thad Dunning y Leslie Wirpsa, 2001; ver también www.globalresearch.ca). Los nuevos ataques, financiados por el Plan Colombia y que se han intensificado con el actual presidente Álvaro Uribe, podrían desplazar a medio millón de personas más. Gran parte de estas personas desarraigadas son campesinos pobres, indígenas, que permanecían hasta entonces en los trayectos de los oleoductos o en las cercanías de los pozos de petróleo. Otros eran productores ilegales de coca.

Por lo que se refiere a Ecuador, las tensiones entre el Gobierno y la compañía estatal, Petroecuador, por una parte, y las comunidades indias por otra, se han intensificado desde la "apertura" del mes de diciembre de 2000, cuando la jungla amazónica se abrió a las sociedades extranjeras para la exploración y la explotación del petróleo. La resistencia a las crecientes desigualdades económicas y sociales constituye la causa principal del triunfo del populista Lucio Gutiérrez en las elecciones presidenciales de noviembre de 2002 (Saint-Upery, 2002).

Con Chávez a la cabeza de Venezuela, el socialista Luiz Inácio *Lula* da Silva en Brasil y Lucio Gutiérrez asumiendo el poder en Ecuador, parece que el equilibrio suramericano se inclina de nuevo hacia la izquierda populista. Los tres son reformadores, no revolucionarios, pero en Washington se siente cierto temor ante su ascenso político.

En cuanto a África occidental...

Los yacimientos submarinos de petróleo bruto no explotados frente a las costas de África occidental son objeto de atención creciente. Estos yacimientos equivalen aproximadamente a los del mar del Norte o a las reservas del mar Caspio. La producción subsahariana, evaluada actualmente en cuatro millones de barriles, podría alcanzar los ocho millones en el año 2006, igualando la producción actual de Arabia Saudí (www.freerepublic.com, 18 de julio de 2002). El 16% de las importaciones estadounidenses están aseguradas ya por la región y la cifra podría llegar al 25% en el año 2015 (Mike Crawley, 2002). La mayor parte de este petróleo procederá de yacimientos en aguas profundas situados entre Nigeria en el norte y Angola en el sur, aunque también se han descubierto importantes reservas en Doba, Chad, un país sin salida al mar (se construye actualmente un oleoducto de 1.070 km en dirección a la costa de Camerún, bajo la supervisión de un consorcio encabezado por Exxon-Mobil).

Las compañías petroleras extranjeras que están presentes en el Delta del Níger, en Nigeria, han hecho frente a diversos problemas con las comunidades autóctonas, muy parecidos a los que se han encontrado sus homólogas en América del Sur. Han sido acusadas de complicidad con Gobiernos nigerianos represivos y corruptos. Shell ha sido la más criticada; esta compañía posee más del 40% de la producción de petróleo nigeriana y dispone de cinco explotaciones en el territorio Ogoni. Ha sido acusada de complicidad en la represión gubernamental del pueblo Ogoni en 1995. El conocido defensor de los derechos humanos, Ken Saro-Wiwa, y otros ocho encausados, fueron juzgados en un proceso sin las debidas garantías y condenados a morir en la horca.

En la otra orilla del Atlántico, un *lobby* influyente, asociado a un grupo de reflexión israelí, el IASPS (Institute for Advanced Strategic and Political Studies), presiona a la Administración de Washington para que reconozca el Atlántico meridional como zona de "interés estratégico nacional" de Estados Unidos (Mike Crawley, 2001, p. 1). El *lobby* ha propuesto la instalación de un submando del ejército estadounidense para el Atlántico meridional (que abarque también Brasil) en Santo Tomé y Príncipe, el pequeño país insular situado en medio del Golfo de Guinea y del que se sospecha que flota sobre un yacimiento de petróleo no explotado. En octubre de 2002, el general estadounidense Carlton Fulton recorrió Santo Tomé y Príncipe para explorar la posibilidad de establecer una base militar en el país (George Monbiot, 2002).

Preocupaciones y estrategia de Estados Unidos en materia de energía

Varios comentarios periodísticos han subrayado en fechas recientes las conexiones entre la política de la Administración de Bush en Oriente Medio y las preocupaciones de Estados Unidos en materia de energía (entre otros: Johnny Angel, 2001; Dinkar Ayilavarapu, 2002; Peter Beaumont y Faisal Islam, 2002; Andrew Buncombe,

2002; Sean Gonsalves, 2002; Faisal Islam, 2002; Herman Franssen, 2002; François Lafargue, 2002; James K. Paul, 2002; Marc Roche, 2002, Majid Tehranian, 2002; Ed. Vulliamy, Paul Webster y Paton Welsh, 2002).

El petróleo es un parámetro vital para Estados Unidos. Segundo productor mundial de gas natural y tercero de petróleo, este país importa sin embargo casi 10 millones de barriles de petróleo al día, es decir, el 53% de su consumo total. Según las previsiones de la estadounidense EIA, las importaciones diarias deberían alcanzar unos 17 millones de barriles (es decir, el 65% del consumo total) para el año 2020. Algunos especialistas consideran que si Estados Unidos mantiene la relación actual entre producción y consumo, sus yacimientos petrolíferos internos comenzarán a agotarse dentro de diez años.

En mayo de 2001, el National Energy Policy Development Group publicó, bajo la dirección del vicepresidente de Estados Unidos Dick Cheney, el *National Energy Policy Report*, más conocido como Informe Cheney (accesible en la página web de la Casa Blanca). Sólo unos meses más tarde, Dick Cheney también estaba a la cabeza del grupo de trabajo encargado de redactar el documento que establece la estrategia de seguridad estadounidense (*National Security Strategy*). En el pasado, tanto Bush como Cheney estuvieron muy implicados a título particular en la industria petrolera.

El Informe Cheney comienza con la descripción de lo que llama la “crisis energética” de Estados Unidos: “En el año 2001, América debe hacer frente a la más grave escasez de energía desde los embargos de petróleo de la década de 1970. Los efectos se dejan sentir ya en todo el país. Muchas familias tienen que pagar facturas energéticas por importes dos o tres veces más elevados que hace un año. Millones de americanos sufren episodios intempestivos de cortes de electricidad o de caída de tensión, y algunos empresarios se ven obligados a despedir trabajadores o a reducir su producción para absorber el incremento del coste de la energía. El precio del carburante no cesa de aumentar en todo el país. [...] La crisis energética americana tiene su origen en un desequilibrio fundamental entre la oferta y la demanda. [...] Si no impedimos que continúe, este desequilibrio hará tambalearse inevitablemente nuestra economía, nuestro nivel de vida y nuestra seguridad. Pero aún podemos poner remedio” (*National Energy Policy Report*, 2001, p. viii).

El informe se ocupa de varias cuestiones: la necesidad de explotar nuevos campos petrolíferos en suelo estadounidense (Alaska, Golfo de México) y de intensificar el uso de recursos energéticos alternativos. También llama a diversificar las fuentes de abastecimiento en el extranjero: el país debe dejar de basarse exclusivamente en sus proveedores tradicionales, como Arabia Saudí, Venezuela o incluso Canadá, y debe dirigir su mirada hacia Rusia, la región del Caspio y África. Estados Unidos no puede confiar únicamente en los automatismos de las fuerzas del mercado para acceder a recursos adicionales. Corresponde al Gobierno ayudar a las compañías energéticas de Estados Unidos a acceder a las fuentes de hidrocarburos explotables en el extranjero (el informe subraya la importancia de los contratos de reparto de la producción, *Production Sharing Agreements*).

El informe menciona, además, la irritación suscitada por el sistema de cuotas instaurado por la OPEP. Sostiene que “los esfuerzos periódicos de la OPEP para mantener los precios del petróleo por encima de los niveles dictados por las fuerzas del

mercado han acrecentado la inestabilidad de los precios y aumentado los costes para los consumidores, obstaculizando de este modo una mayor estabilidad que sería beneficiosa tanto para los productores como para los consumidores de petróleo” (*National Energy Policy Report*, 2001, p. 8-6). En consecuencia, varios miembros de la OPEP han sido objeto de presiones para impulsarles a sobrepasar las cuotas establecidas por el cártel. En Nigeria, la prensa ha informado de que el Gobierno del país sufría presiones para abandonar la organización (*This Day*, 21 de julio de 2002).

El informe subraya también que los productores de petróleo de Oriente Medio “seguirán ocupando un lugar primordial en la seguridad petrolera mundial” y que “el Golfo constituirá un punto central de la política energética internacional de Estados Unidos, pero el compromiso [estadounidense] será a escala mundial, poniendo de relieve las regiones existentes y emergentes que tengan una repercusión importante en el equilibrio energético del planeta” (*National Energy Policy Report*, 2001, p. 8-5).

Irak, en el punto de mira

En una carta dirigida al presidente Clinton en enero de 1998, el American Enterprise Institute, un grupo de reflexión neoconservador, exhortaba a la Administración estadounidense a emprender acciones militares contra el régimen iraquí de Sadam Husein para eliminar las armas de destrucción masiva que éste tenía en su poder, que suponían una amenaza para las tropas estadounidenses destacadas en Oriente Medio y para los aliados de Estados Unidos en la región, como Israel y los “Estados árabes moderados”. Estas armas constituían también una amenaza para los suministros de petróleo procedentes de la región. La carta indicaba con toda claridad que Sadam Husein debía abandonar el poder (www.newamericancentury.org/iraqclintonletter).

La primera iniciativa de la Administración Bush en Oriente Medio consistió en bombardear objetivos iraquíes en las dos zonas de exclusión aérea. Tras los atentados del 11 septiembre de 2001, los estadounidenses tenían dudas en cuanto a la actitud a adoptar. Su primera elección fue el grupo terrorista Al Qaeda y el régimen talibán en un Afganistán lejano, aunque la lista de “Estados delincuentes” rebosaba de objetivos. Después de su victoria relámpago sobre el régimen afgano, los dirigentes de Estados Unidos recordaron de pronto que Sadam Husein había recurrido al gas mostaza catorce años antes contra ciudadanos iraquíes (5.000 kurdos murieron entonces en Halabja) y que no había dudado, durante la guerra entre Irán e Irak, en utilizar gas neurotóxico y mostaza para contrarrestar la ofensiva iraní sobre la península de Fao (entre 40.000 y 50.000 soldados iraníes fueron gaseados). Frente a un Sadam Husein sospechoso de continuar con el desarrollo de armas de destrucción masiva, que constituían una amenaza para los vecinos de Irak pero también para la seguridad de Estados Unidos, las “sanciones inteligentes” impuestas al régimen iraquí no eran suficientes.

La opinión pública fue inundada de informaciones sobre la propensión del régimen iraquí a hacer uso de gases tóxicos y de armas biológicas, sobre su programa de misiles, sobre su capacidad para adquirir dispositivos nucleares y sobre sus supuestos contactos con la red terrorista Al Qaeda. Poco importaba que la CIA fuera incapaz

de exhibir la más mínima prueba de los supuestos vínculos entre Bagdad y Al Qaeda. Poco importaba también que los inspectores de la ONU y los funcionarios del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) hubiera procedido, de 1991 a 1998, al desmantelamiento físico de prácticamente todo aquello que tenía alguna relación lejana con las armas de destrucción masiva, y que el resto hubiera sido arrasado por las bombas británicas y estadounidenses. A excepción de algunos viejos misiles Scud (Al-Samoud) y de sustancias biológicas fáciles de ocultar, los únicos elementos estratégicos relacionados con las armas de destrucción masiva de los que aún disponía Irak se limitan a documentación sobre la preparación y a los conocimientos de los científicos iraquíes. Los inspectores de la ONU no han efectuado descubrimiento espectacular alguno en los lugares iraquíes sospechosos y los servicios de información estadounidenses y británicos han sido incapaces de encontrar nada. En realidad, varios Estados de Oriente Medio, como Turquía, Irán y sobre todo Israel, disponen de un arsenal mucho más amenazador.

Además, al contrario que en las campañas en Afganistán, en Kosovo o la guerra de liberación de Kuwait, y a pesar de la atrocidad probada de la dictadura de Sadam Husein, los estrategas de Washington no han logrado convencer a la opinión pública de la legitimidad moral de una invasión planificada de Irak.

¿Cuáles son las razones de la crisis iraquí? ¿Por qué esta invasión bajo el manto de Estados Unidos y esta voluntad de cambiar el régimen? No es sólo por su petróleo, a pesar de estar disponible en cantidades apreciables y de muy buena calidad. Un incremento importante de las exportaciones de petróleo iraquíes, al margen del sistema de cuotas de la OPEP, tendría más posibilidades de hacer bajar el precio del petróleo. El Center for Strategic and International Studies (CSIS) intentó prever las consecuencias económicas de una posible invasión de Irak. Se analizaron tres hipótesis: "Según la hipótesis menos alarmista, la victoria debería ser rápida y concluyente. El petróleo iraquí sólo sería excluido del mercado durante un breve periodo, no se provocaría daño alguno a las refinerías de Irak ni de la región, los demás países de la OPEP aumentarían su producción para compensar las eventuales pérdidas de petróleo iraquí, las repercusiones políticas negativas en la región seguirían siendo casos aislados y no se perpetraría ningún ataque terrorista contra Estados Unidos ni contra nuestros aliados. Las hipótesis intermedia y extrema señalan en cambio una ruptura progresiva de los abastecimientos de hidrocarburos, un agravamiento de los problemas políticos en la región y un aumento de actos terroristas cada vez más sangrientos" (Laurence Meyer, 2002, p. 1).

Rediseñar Oriente Medio

La Administración Bush mira más allá del petróleo iraquí y mucho más allá del propio Irak. La cuestión esencial es la situación geográfica de Irak, en pleno corazón de Oriente Medio. Desde Irak, todo acontecimiento interno de los países cercanos y de la región del mar Caspio podría ser objeto de vigilancia y de un control militar fáciles (reforzados por los medios logísticos de que ya disponen las fuerzas estadounidenses en estas dos regiones). El hecho de que Arabia Saudí posea por sí sola al menos el 25%, tal vez más del 30%, de las reservas mundiales de petróleo y que Irán,

Irak, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos posean cada uno entre el 8% y el 11%, explica por qué los dirigentes estadounidenses tienen tanto interés por esta región. Un documento del CSIS, con sede en Washington, titulado *The US, the Gulf, and the Middle East: Energy Dependence, Demographics, and the Forces Shaping Internal Stability*, redactado por Anthony Cordesman (2002), explica con todo lujo de detalle las razones por las que Estados Unidos debería interesarse más por los acontecimientos internos de Oriente Medio. Las perturbaciones internas en estos países podrían perjudicar a los suministros de petróleo.

Además de estas cuestiones relativas a la energía, los responsables estadounidenses también han tenido en cuenta las lecciones derivadas de las guerras étnicas de Yugoslavia, que han brindado a Estados Unidos la posibilidad de remodelar la arquitectura de la seguridad europea y extender la alianza militar atlántica hasta las fronteras rusas. Confían además en repetir en Irak su experiencia positiva de “construcción de Estado”, como sucedió después de la II Guerra Mundial con Alemania y Japón, que después pasaron a ser Estados democráticos prósperos.

El programa MEPI (US-Middle East Partnership Initiative), expuesto por vez primera en diciembre de 2002 por el secretario de Estado, Colin Powell, permite hacerse una idea de las ambiciones en relación con Oriente Medio, una región que debería ser reestructurada conforme a los criterios estadounidenses (*Heritage Foundation Lectures*, www.heritage.org, 12 de diciembre de 2002). Según Colin Powell, la política de Estados Unidos en Oriente Medio procura ante todo “la victoria en la guerra contra el terrorismo, el desarme de Irak y la resolución del conflicto árabe-israelí [...]”. Paralelamente, parece cada vez más claro que debemos ampliar nuestro enfoque con respecto a la región [...]. Debemos prestar una atención muy especial a las reformas económicas, políticas y educativas y trabajar en ellas de forma permanente y rigurosa”, con el fin de apoyar el desarrollo de la democracia y el libre-cambio.

Esta operación ambiciosa sólo tiene un precedente relativamente reciente: la reestructuración de Oriente Medio después de la derrota del Imperio Otomano, durante la I Guerra Mundial. La idea es ante todo “democratizar” Irak, con la esperanza de que un cambio de régimen en este país suponga una reacción en cadena en la región (Marina Ottaway, Thomas Carothers, Amy Hawthorne y Daniel Brumberg, 2002; también, Philip H. Gordon, 2003).

Se trata de una suerte de “teología de la liberación” (Reuel Marc Gerecht, 2002) basada en la supremacía militar y el poderío económico de Estados Unidos. El “eje del mal” definido por Estados Unidos y la lista de “Estados delincuentes” permiten entrever un buen número de candidatos al cambio de régimen. El primer ministro de Israel, Ariel Sharon, ha sugerido ya que se comience a presionar a Irán desde el día siguiente al fin de las operaciones en Irak (www.timesonline.co.org, 5 de noviembre de 2002; ver también Reuel Marc Gerecht, 2002). Libia, Sudán y Siria son otros candidatos potenciales para el cambio de régimen, y algunos aliados locales de Estados Unidos en otros tiempos podrían llegar a formar parte del mismo lote. Como ha precisado el grupo de trabajo para Oriente Medio llamado Carnegie Endowment: “Durante mucho tiempo, Washington se ha basado en la idea muy práctica pero totalmente errónea de que la estabilidad de los regímenes autocráticos de Oriente Medio

podría al menos proteger la seguridad nacional estadounidense. Hoy el viento ha cambiado. Los dirigentes de Estados Unidos no piensan que esos regímenes sean murallas contra los extremistas islamistas, sino responsables del descontento que está en el origen del terrorismo” (Marina Ottaway, Thomas Carothers, Amy Hawthorne y Daniel Brumberg 2002).

* * *

El equipo de Bush mira más allá de Irak. Mira incluso mucho más allá de Oriente Medio. Sus ambiciones globales son imperialistas. Esta conclusión se desprende claramente de la lectura del documento denominado *National Security Strategy*, en el que cada palabra está sopesada (publicado en septiembre de 2002, www.whitehouse.gov). O en un informe redactado sin miramientos, titulado *The Project for the New American Century* (publicado dos años antes, en septiembre de 2000, por el American Enterprise Institute, www.newamericancentury.org), y que constituía la estructura básica de la estrategia oficial.

Traducción del francés: Fabián Chueca.

Bibliografía

- ANGE Johnny, “It’s the Oil, Stupid”, *Los Angeles Weekly* (disponible en www.alternet.org), 26 de septiembre de 2002.
- AYILAVARAPU Dinkar, “Oil and War: Crude Assumptions”, *Asia Times Online*, 2 de octubre de 2002.
- BEAUMONT Peter e Islam, Faisal, “Carve-up of Oil Riches Begins”, *The Observer*, 3 de noviembre de 2002.
- BUNCOMBE Andrew, “Russia Fears US Oil Companies will Take Over World’s Second Biggest Reserves”, *The Independent* (news.independent.co.uk), 26 de septiembre de 2002.
- Casa Blanca, *National Energy Policy and National Security Strategy* (www.whitehouse.gov), 2001-2002.
- COOLEY John K., “Trading with the Enemy: US Refiners Reportedly Buying most of Iraq’s Oil”, *ABC News* (abcnews.go.com), 12 de julio de 2001.
- CORDESMAN Anthony H., *US, the Gulf, and the Middle East: Energy Dependence, Demographics, and the Forces Shaping Internal Stability*, Center for Strategic and International Studies, Washington DC, diciembre de 2002.
- CORN David, “Our Gang in Venezuela?”, *The Nation*, 18 de julio de 2002.
- CRAWLEY Mike, “With Mideast Uncertainty, US Turns to Africa for Oil”, *Christian Science Monitor* (www.csmonitor.com), 23 de mayo de 2002.
- Discurso sobre el estado de la Unión, *The New York Times*, 24 de enero de 1980.
- DUNNING Thad y Wirpsa, Leslie, *Oil Rigged: There is Something Slippery about US Drug War in Colombia* (www.americas.org), febrero de 2001.

- FRANSEN Herman, "Arab-US Energy Needs in Perspective", *The Middle East Economic Survey*, Vol. XLV, N° 37, 16 de septiembre de 2002.
- FRIEDMAN George, "The Region After Iraq", *Strategic Forecasting* (www.stratfor.com), Newsletter (6 de febrero de 2003).
- GERECHT Reuel Marc, "Regime Change in Iran?", *The Weekly Standard*, 5 de agosto de 2002.
- *Global Oil Report, Executive Summary*, Vol. 12, N° 6, noviembre-diciembre de 2001.
- GONSALVES Sean, "Connecting the Energy Dots to Afghanistan", *Independent Media Institute*, visto en www.alternet.org, 26 de septiembre de 2002.
- GORDON Philip H., "Bush's Middle Eastern Vision", *Survival*, Vol. 45, N° 1, primavera de 2003.
- ISLAM Faisal, "Business of War - Who is it Good for?", *The Observer*, 11 de agosto de 2002.
- KLARE Michael T., *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Henry Holt and Company, Nueva York, 2001 (en español, *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, Urano, Barcelona, 2003).
- LAFARGUE François, "Irak: les vrais enjeux d'un châtement", *Liberation* (www.liberation.com), 17 de septiembre de 2002.
- MAYERS Jaffe, Amy y Manning, Robert A., "The Shocks of a World of Cheap Oil", *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2000.
- MEYER Laurence, *After an Attack on Iraq: The Economic Consequences*, Washington DC, Center for Strategic and International Studies, 21 de noviembre de 2002.
- MONBIOT George, "Why Blair is an Appeaser", *The Guardian* (<http://www.guardian.co.uk>), 5 de noviembre de 2002.
- MORGAN Dan y Ottaway, David B., "In Iraqi War Scenario, Oil is Key Issue", *The Washington Post*, 15 de septiembre de 2002.
- OTTAWAY Marina, Carothers, Thomas, Hawthorne, Amy y Brumberg, Daniel, "Democratic Mirage in the Middle East", *Policy Briefs*, Carnegie Endowment, Washington DC, octubre de 2002.
- PAUL James K., "Iraq: The Struggle for Oil", *Global Policy Forum* (www.globalpolicy.org), agosto de 2002.
- PFEIFFER Dale, Allen, *What Will be the Next Target of the Oil Coup?* (greatchange.org), 18 de diciembre de 2001.
- ROCHE Marc, "L'Irak est au coeur des stratégies des 'majors' de l'or noir", *Le Monde*, 31 de octubre de 2002.
- SOKOLSKY Richard, Johnson, Stuart y Larrabee, F. Stephen, *Persian Gulf Security: Improving Allied Military Contributions*, Rand Report, Rand Corporation, Santa Monica, 2001.
- STERN David, "Caspian Talks Breakdown Bodes Ill", *Caucasus Reporting Service*, N° 127, mayo de 2002.
- TEHRANIAN Majid, "The Seventh Oil War", *The Iranian*, 18 septiembre de 2002.
- US Energy Information Administration, *Country Analysis Briefs*, Irak, marzo de 2002.
- US Energy Information Administration, *Country Analysis Briefs*, Sudán, diciembre de 2001.

- US Energy Information Administration, *Country Analysis Briefs*, Siria, febrero de 2002.
- US Energy Information Administration, *Caspian Sea Region*, julio de 2002.
- US Energy Information Administration, *Country Analysis Briefs*, Venezuela, Colombia, Ecuador, diciembre de 2001-abril de 2002.
- US Energy Information Administration, *Country Profile, Russia*, abril de 2002.
- US Energy Information Agency (2001-2003), *Country and regional energy reports* (www.eia.doe.gov).
- VULLIAMY Ed, Webster, Paul y Welsh, Paton, "Scramble to Carve up Iraqi Oil Reserves Lies Behind US Diplomacy", *The Observer*, 6 de octubre de 2002.